

01 DE JULIO

LA PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Santa Misa

Desde la época de los Apóstoles, la Preciosa Sangre del Señor ha sido el símbolo de la Redención. Aunque la devoción particular a la Preciosa Sangre se debe, sobre todo, a la iniciativa de San Gaspar del Búfalo (2 de enero), ya desde mucho antes se practicaba dicha devoción en varias Iglesias.

Por ejemplo, en 1582, se concedió a, la arquidiócesis de Valencia, España, el rezo de un oficio “de la Sangre de Cristo”; la diócesis de Sarzana, en la Toscana, obtuvo la misma gracia en 1747. A principios del siglo XIX, se concedió a la congregación de San Gaspar el privilegio de celebrar la fiesta de la Preciosa Sangre.

El Papa Pío IX la extendió a la Iglesia universal en 1849, cuando la revolución acababa de expulsarle de Roma. La fecha original de la celebración era el primer domingo de julio, pero Pío X la trasladó al 1 de julio. Los pasionistas y algunas otras congregaciones celebran otra fiesta el domingo inmediatamente posterior al de “Laetare”. La catedral de, la arquidiócesis de Westminster está dedicada a la Preciosa Sangre.

Como lo hacía notar Dom Guéranger, al celebrar la fiesta de la Preciosa Sangre, la Iglesia celebra su propio nacimiento, pues la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo le dieron el ser. De ese modo, la herida del costado de Cristo se convirtió en fuente de vida para el mundo.

En la homilía de la lección de maitines San Juan Crisóstomo dice: “Así, pues, la Iglesia nació del costado de Cristo, como Eva, la esposa de Adán, nació de su costado... Así como Dios creó a la mujer sacándola del costado del hombre, así Cristo creó a la Iglesia sacándola de su propio costado”. San Agustín se expresa en forma semejante en la homilía que se lee en el tercer nocturno.

Según las enseñanzas de la Teología Católica: toda la naturaleza humana de Cristo es digna del culto de adoración por la unidad íntima y eterna de la persona del Verbo Divino. Y la devoción a cualquier componente de la naturaleza humana de Cristo goza del culto de adoración. El motivo de esta adoración es su misma Deidad, Verbo Divino, por su unión inseparable con la Humanidad Sagrada de Cristo.

Pero hay ciertos integrantes de la naturaleza humana de Cristo que merecen ser honrados de manera especial por el lugar tan singular que ocupan en el misterio de la Redención o por el simbolismo especial que encierran.

La razón especial que fundamenta la devoción a la Preciosísima Sangre de Cristo es el hecho de haber sido redimidos por esa Preciosa Sangre. La Sangre Preciosa de Cristo, derramada hasta la última gota durante la Pasión, es el precio que Él pagó por nuestra salvación.

La Sangre de Cristo es un auténtico sacrificio de Sangre derramada para ratificar la Nueva Alianza. Su Sangre fue mucho más sublime que la de las víctimas sacrificadas en la Antigua Alianza para limpiarnos y purificarnos. Por Voluntad de Dios y de acuerdo a su plan Divino, la Nueva Alianza requería una dedicación con la Sangre de la Víctima, Jesucristo.

En la Última Cena, Jesús dijo: *Esta copa es la Nueva Alianza en mi Sangre que es derramada por ustedes*. Como recompensa por la Sangre que Cristo Jesús derramó para establecer una Alianza Eterna, el Eterno Padre lo resucitó de la muerte, y su muerte sangrienta en la cruz lo hizo acreedor de una Gloriosa Resurrección para Él y para nosotros. El Cuerpo y la Sangre Preciosa de Cristo se Ofrecen en la Santa Misa como el Sacrificio del Cuerpo Místico de Cristo, el sacrificio de cada uno de nosotros. El Cuerpo y la Sangre Preciosa de Cristo que se reciben en la Sagrada Eucaristía nos sirven de alimento, bebida, refrigerio y salud para la vida del alma.

El Cordero de Dios, inmolado por los pecados de la humanidad, es el sacrificio y el banquete del alma cristiana, la verdadera fuerza y la inspiración de la vida del cristiano. De esta forma la devoción a la Preciosísima Sangre despierta un amor mucho más profundo hacia la Santa Misa.

La Sangre de Cristo es verdadera bebida y juntamente con su Cuerpo es el alimento que nos da la vida eterna. El Señor Jesús cuando prometió la Sagrada Eucaristía, dijo: *El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene Vida Eterna y Yo lo resucitaré en el último día. Porque mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y yo en él.*

San Pablo en la carta a los Corintios dice: *Así pues, cada vez que comen de este Pan y beben de este Cáliz, proclaman la Muerte del Señor hasta que vuelva. El Cáliz de bendición que bendecimos, ¿No es acaso Comunión con la Sangre de Cristo?*

La Sangre de Cristo fue simbolizada por las víctimas de la ley antigua; sin embargo, esta Sangre por sí misma, por virtud de su eficacia infinita, puede lavar todos nuestros pecados y santificarnos, si aprovechamos los Sacramentos que nos ha dejado el Salvador, especialmente los sacramentos de Penitencia y Eucaristía.

Una sola gota de la Sangre de Jesús hubiera bastado para Salvarnos, pues siendo Dios-Hombre, todo en Él era de un valor Infinito. Pero para manifestarnos la inmensidad de su amor derramó su Sangre hasta la última gota cuando fue traspasado su Sacratísimo Corazón. Ahora bien, si Él derramó su propia Sangre por nosotros, es justo que nosotros vivamos tan solo para Él.

Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió Sangre y Agua. Juan 19, 34

Cuando Cristo se presentó como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos, entró en el Santuario una vez para siempre, a través de un Tabernáculo mayor y más perfecto, no hecho por mano de hombres, es decir que no es de este mundo. Él entró no con la Sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino con su propia Sangre. Hebreos 9, 11-12.

Consideren que han sido rescatados de su vano vivir, heredado de sus Padres, no con bienes caducos, como plata u oro, sino con la Sangre de Cristo que sobrepasa todo precio. 1 Pedro 1, 18-19.

Digno es de recibir el libro y romper sus sellos, porque fuiste degollado. Con tu Sangre compraste para Dios gentes de toda raza, lengua, pueblo y nación; y los has constituido en Reino para nuestro Dios y en Sacerdotes para servir a Dios, que reinaran sobre la tierra. Apocalipsis 5, 9-10.

SAN TEODORICO

Abad

Año 533

Teodorico nació en el distrito de Reims. Su padre era un hombre de mal carácter. Habiendo contraído matrimonio por complacer a su familia, Teodorico persuadió a su esposa a que renunciara a los derechos conyugales. Más tarde, fue ordenado sacerdote en la época de San Remigio; fundó una comunidad religiosa en “Mont d, Or”, cerca de Reims.

Teodorico llegó a ser famoso por las conversiones que obró exhortando a hacer penitencia a los pecadores. Uno de sus conversos fue su propio padre, el cual perseveró en sus buenos propósitos y murió en el monasterio fundado por su hijo. Se cuenta que San Teodorico curó milagrosamente al rey Teodorico I de una enfermedad de los ojos.

Según la opinión más común, San Teodorico murió el 1 de julio del año 533. Flodoardo escribió en el siglo X algunas páginas sobre San Teodorico.

SAN GALO

Obispo de Clermont

Año 551

Galo nació hacia el año 486 en Clermont de Auvernia. Su familia era una de las más distinguidas de la región. El padre del santo puso gran esmero en la educación de su hijo. Cuando éste llegó a la edad de contraer matrimonio, le propuso que se casase con la hija de un senador. Pero Galo, que había ya resuelto consagrarse a Dios, huyó de la casa paterna y pidió ser admitido en el monasterio de Cournon. El abad se negó a admitirle sin el consentimiento de su padre. No sabemos cómo, el joven se las arregló para convencer a su padre y fue admitido en la abadía. El obispo Quinciano, que no dejó de advertir las cualidades de Galo, le ordenó diácono, le hizo miembro del cabildo de su catedral y le envió como representante suyo a la corte del rey.

El joven, que poseía una voz extraordinaria, pasó a formar parte del coro de la capilla de Teodorico I Quinciano murió hacia el año 526, y Galo fue elegido para sucederle en el gobierno de la diócesis. La humildad, la caridad y el celo del santo, encontraron ancho campo de acción en su nuevo cargo. La virtud característica de San Galo era la mansedumbre, como lo demuestran varios incidentes.

En cierta ocasión, un hombre le golpeó en la cabeza; el obispo no mostró enojo ni resentimiento alguno sino con su mansedumbre desarmó al agresor. En otra ocasión, un tal Evodio, que había abandonado el senado para recibir la ordenación sacerdotal, se dejó llevar por la ira y trató a su obispo en forma desacomodada. San Galo no respondió una sola palabra; sencillamente, se levantó de su cátedra y partió a visitar las iglesias de la ciudad. El hecho conmovió tanto a Evodio, que fue en busca del santo y le pidió perdón de rodillas, en la calle.

En los últimos años de su vida, San Galo atendió especialmente a la educación de su sobrino, que llegó más tarde a ser famoso con el nombre de Gregorio de Tours.

San Gregorio de Tours afirma que el culto de San Cibardo estaba muy extendido en el siglo VI. San Gregorio lo llama Eparquio; con el tiempo, dicho nombre se transformó en Separco y después en Cibardo. En realidad, sabemos muy poco acerca de este santo, fuera de lo que relata San Gregorio de Tours.

SAN SIMEÓN SALUS

Anacoreta

Siglo VI

Simeón se retiró con su amigo San Juan a un desierto de los alrededores del Mar Muerto, donde vivió veintinueve años, practicando las más severas penitencias. Jamás olvidó que para ser verdaderamente humilde hay que amar la humillación; que, por lo menos, hay que recibir con resignación las humillaciones que Dios nos envía y reconocer que son menores de lo que merecemos; que, algunas veces, es bueno buscar directamente las humillaciones, y que, en esto, la prudencia humana no es siempre la mejor guía.

Tan lógicamente aplicó el santo estos principios cuando se trasladó a Emesa, en la región siria de Orontes, que las gentes del lugar le aplicaron el apodo de “salus”, que en griego significa “loco”. Así, por ser verdaderamente cuerdo, San Simeón fue considerado como loco.

Pero Dios premió su amor por la humildad con gracias extraordinarias y con el don de milagros. No sabemos exactamente en qué año murió San Simeón; pero ciertamente su muerte ocurrió poco después del terremoto del año 588. Hay que confesar que la humildad de este santo rayaba en la excentricidad.

Alban Butler comenta que no estamos obligados a imitar en todo a Simeón y que sería un pecado de presunción el hacerlo así sin un llamamiento especial de Dios, pero que su ejemplo debería llenarnos de confusión por la mala gana con que soportamos las menores ofensas a nuestro amor propio.

En realidad, debemos admitir que en ocasiones San Simeón no parecía del todo cuerdo. El historiador Evagrio, contemporáneo del santo, nos dejó un relato bastante completo de su vida. También existe una larga biografía griega, escrita por Leoncio, obispo de Neápolis de Chipre, un siglo más tarde.

SAN SERVANO

Obispo

Siglo VI

La biografía de este santo constituye una mezcla confusa de leyendas, de suerte que ni siquiera es posible determinar con exactitud en qué siglo vivió.

El antiguo Breviario de Aberdeen dice que era irlandés y había sido consagrado obispo por Paladio. Según la biografía de San Kentigerno, escrita por Joscelyn, dicho santo se educó bajo la dirección de Servano en el monasterio que éste fundó en Culross. Antiguamente se veneraba a San Servano como patrono y apóstol de las islas Orkney; pero apenas si existen pruebas de que haya evangelizado aquellas islas. El monasterio de Culross fue el centro de su actividad y Fifeshire fue el centro de su culto, en la Escocia medieval.

Algunas de las leyendas que circularon sobre San Servano son particularmente extravagantes. Según una de esas leyendas, su madre era hija del rey de los pictos (o de Arabia) y su padre era rey de Canaán; Servano renunció a su derecho al trono, estudió en Alejandría, fue nombrado patriarca de Jerusalén y más tarde, Papa, pero renunció al pontificado para ir a predicar en Escocia.

Una de las lecciones del Breviario de Aberdeen cuenta que un hombre muy pobre mató a su único cerdo para dar de comer al santo y a sus monjes, por lo que San Servano resucitó al cerdo para recompensar la generosa hospitalidad de su huésped. No menos absurdos son otros de los milagros que se atribuyen al santo; probablemente se trata de adaptaciones de cuentos populares.

Según parece, San Servano murió y fue sepultado en Culross. Gracias a una antigua inscripción, se conserva memoria del sitio en que el santo venció al demonio, en una cueva de Dysart.

BEATO TOMAS MAXFIELD

Mártir

Año 1616

Tomás Maxfield o Macclesfield, nació alrededor de 1590 en The Mere del condado de Stafford. Su padre, llamado Guillermo, había confesado valientemente la fe católica y, cuando nació Tomás, estaba sentenciado a muerte por haber dado asilo a varios sacerdotes.

Tomás partió a la misión de Inglaterra en 1615, después de haber recibido la ordenación sacerdotal. Tres meses después, fue arrestado en Londres y encarcelado en la prisión de Westminster. Al cabo de ocho meses de prisión, Tomás, con la ayuda de un jesuita que estaba también preso, trató de escapar descolgándose por la ventana del calabozo. Desgraciadamente, un transeúnte dio la voz de alarma a los guardias, quienes le echaron mano y “le colocaron bajo una mesa con una cadena alrededor del cuello, atada a otra cadena que pesaba más de cien libras... Y en esa incómoda posición le mantuvieron hasta la mañana siguiente”.

Después le trasladaron a un sombrío y pestilente calabozo subterráneo, con las piernas atadas a unos zancos de madera, de suerte que no podía ponerse en pie ni recostarse bien. Así estuvo desde la madrugada del viernes hasta el domingo

por la noche. Algunos de sus compañeros de prisión consiguieron hacerle llegar un cobertor, y su confesor, que era un jesuita, le dirigió unas palabras de aliento a través de un agujero del techo. Según el testimonio de dicho jesuita, el

mártir no había perdido el ánimo en lo absoluto.

Conducido ante el tribunal, el P. Maxfield se negó a prestar el juramento de fidelidad al rey en la forma en que los jueces se lo exigían, pero protestó de su lealtad, pues le consideraba como su verdadero y legítimo soberano. Al día siguiente, fue condenado a ser ahorcado, arrastrado y descuartizado por ser sacerdote. El duque de Gondomar, embajador de España, trató en vano de obtener que los jueces perdonasen al mártir o le mitigasen la pena.

Al día siguiente, 1 de julio, una multitud más numerosa que de ordinario, acudió a ver al Beato Tomás cuando le trasladaban de la prisión a Tyburn. Muchos siguieron a la comitiva hasta el cadalso; entre ellos, numerosos españoles.

Las autoridades se enfurecieron al descubrir que alguien había adornado la horca con guirnaldas de flores y había esparcido en el suelo hojas y yerbas aromáticas. El Beato Tomás habló a la multitud desde la carreta y declaró que había predicado la misma fe en que San Agustín de Canterbury instruyera a sus antepasados, “con el único fin de prestar servicio a las almas de los ingleses”. El oficial que dirigía la ejecución, dio al verdugo la orden de cortar la cuerda de la horca rápidamente; pero la multitud exigió que se dejase morir al mártir en la horca para evitarle los horrores del descuartizamiento.

Las autoridades tomaron todas las precauciones posibles para impedir que se conservasen reliquias de Tomás Maxfield. A pesar de ello, el embajador español consiguió recuperar algunos restos del mártir y todavía se conserva parte de ellos en la población española de Gondomar y en la localidad inglesa de Downside.

El Dr. Kellison publicó una biografía del P. Maxfield el año mismo de su muerte, y al año siguiente, un testigo presencial de la ejecución la relató por escrito.

02 DE JULIO

LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARÍA

A su Prima Santa Isabel

En la Anunciación, el arcángel San Gabriel dijo a la Madre de Dios que su prima Isabel había concebido y se hallaba en el sexto mes del embarazo. Nuestra Señora, sin hablar a nadie de la altísima dignidad a la que había sido elevada por la Encarnación del Verbo de Dios en sus entrañas, partió llena de gozo y de gratitud a felicitar a la madre del Bautista.

San Lucas dice: “María partió apresuradamente a una ciudad de las montañas de Judá. Y, entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel”.

La Madre de Dios fue a visitar a su prima porque la compañía de los verdaderos siervos de Dios es siempre provechosa, ya que el ejemplo de su silencio fortalece la voluntad e ilustra el entendimiento. El viaje de la Santísima Virgen es un ejemplo maravilloso de humildad. Ella, que era la Madre de Dios y había sido elevada por encima de todas las criaturas, lejos de complacerse vanamente en su altísima dignidad, va a visitar humildemente a la madre del servidor de su hijo; el Redentor se digna ir a quien había de precederle en su carrera mortal.

Movida por la caridad, María no se detuvo ante las dificultades y peligros del viaje desde Nazaret de Galilea hasta el sur de las montañas de Judea. Al llegar a la casa de Zacarías, entró y saludó a Isabel. Al oír la voz de María, Isabel

recibió la plenitud del Espíritu Santo por obra del Hijo de su prima. Al momento, el hijo que llevaba en sus entrañas quedó santificado y se estremeció de gozo. Si Abraham y todos los profetas se habían regocijado con sólo prever el día lejano en que el Redentor vendría al mundo, nada tiene de extraño que Juan Bautista se haya estremecido de gozo en el seno de su madre, al quedar en su presencia. En ese mismo instante, el hijo de Isabel quedó limpio del pecado original y lleno de gracia santificante. Convertido en profeta, adoró al Mesías desde antes de nacer. Isabel quedó llena del Espíritu Santo; por su luz, comprendió el misterio de la Encarnación que se había obrado en María y la llamó bendita entre las mujeres; sobre todo llamó bendito a Aquél por cuya Encarnación María había sido santificada y que era la fuente de todas las gracias.

Isabel exclamó también: “¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?” Isabel, que era estéril, había concebido por un milagro de Dios; pero María, que era virgen, había concebido por obra del Espíritu Santo. Isabel había concebido al mayor de los profetas, pero María había concebido al Hijo del Eterno Padre, Dios como El. Juan Bautista emplearía expresiones parecidas cuando Cristo fue a pedirle el bautismo.

Con la misma humildad y confusión deberíamos nosotros recibir todas las gracias de Dios, especialmente la de los sacramentos. Isabel llamó a María Madre de su Señor, es decir, Madre de Dios, y afirmó que iban a cumplirse en Ella y en su Hijo las predicciones de los profetas. María respondió a esas alabanzas con las palabras del “Magnificat”, que constituyen la más perfecta acción de gracias por la Encarnación del Hijo de Dios y la prueba más bella de la humildad de la Virgen. En el “Magnificat” María alaba a Dios con todas las potencias de su ser y hace recaer sobre El, toda la gloria.

Los franciscanos empezaron a celebrar esta fiesta en el siglo XIII; en 1389 fue extendida a toda la Iglesia de occidente. En el oriente sólo la celebran los melquitas católicos, los maronitas y los malabares.

SANTOS PROCESO Y MARTINIANO

Mártires

Siglo IV

En Roma se veneraba a estos mártires por lo menos desde el siglo IV. Pero no sabemos nada de cierto sobre su vida y su martirio. El Martirologio Romano y el Breviario se basan en una leyenda del siglo VI.

Según dicha leyenda, San Pedro y San Pablo, cuando se hallaban encarcelados en la prisión Mamertina, convirtieron con su predicación y sus milagros a Proceso y Martiniano y a otros cuarenta guardias y éstos, a su vez, les ofrecieron la libertad. Una fuente brotó milagrosamente en la roca para que San Pedro pudiera bautizar a los neófitos. El jefe de la prisión, Paulino, trató de hacer apostatar a Proceso y Martiniano; como no lograrse persuadirlos a que ofreciesen incienso en el altar de Júpiter, los sometió a crueles torturas durante las cuales los dos mártires repetían constantemente: “¡Bendito sea el nombre del Señor!” Entonces, Paulina los mandó decapitar.

Según se cuenta, una mujer, llamada Lucina, sepultó a los mártires en terrenos de su propiedad, junto a la Vía Aurelia, a dos kilómetros de Roma. En el siglo IV, se edificó una basílica sobre la tumba de estos santos.

El episodio del bautismo tuvo probablemente por origen los frescos de las catacumbas, en los que San Pedro aparece como un nuevo Moisés que hace brotar el agua de la roca y da de beber a dos soldados, que representan a la multitud.

San Gregorio Magno predicó ahí su trigésima segunda homilía, en la que afirma que en la basílica de los dos mártires los enfermos recobran la salud, los posesos se ven libres de los malos espíritus y los perjuros son atormentados.

A principios del siglo IX, el Papa San Pascual trasladó las reliquias de Proceso y Martiniano a San Pedro, donde reposan todavía en la actualidad en el altar del crucero que está dedicado a su nombre.

SANTA MONEGUNDIS

Viuda

Año 570

Santa Monegundis, que nació en Chartres, tenía sus delicias en las dos hijas que Dios le concedió en su matrimonio. Cuando la muerte se las arrebató, la santa, abrumada por el dolor, determinó abandonar el mundo y consagrarse enteramente al servicio de Dios, pues temía que la pena la hiciese concentrarse en sí misma y olvidarse de su Creador. Así pues, con el consentimiento de su esposo, se construyó una celda en Chartres y se recluyó en ella. La celda tenía por todo mobiliario una estera, en la que la santa tomaba su corto reposo.

Su único alimento era un poco de pan de avena mojado en agua. Más tarde, Monegundis se trasladó a Tours, donde siguió viviendo en la misma forma, en una celda próxima a la iglesia de San Martín. Con el tiempo, se le reunieron numerosas imitadoras, y la celda se transformó en el monasterio de Saint-Pierre-le-Puellier.

En la tumba de la santa se obraron numerosos milagros.

San Gregorio de Tours nos dejó un relato de la vida de Santa Monegundis en su tratado *De Vitiis Patrum*.

SAN OTÓN

Obispo de Bamberga

Año 1139

Otón pertenecía a la familia “Suaba” de Mistelbach. Siendo todavía joven, recibió la ordenación sacerdotal e ingresó al servicio del emperador Enrique IV, quien con el tiempo le nombró su canciller. En las luchas entre el sacerdocio y el imperio, Enrique IV apoyó a un antipapa. San Otón hizo cuanto pudo por conseguir que se arrepintiese y se sometiese al Papa y se negó a aprobar el cisma y otros crímenes del emperador, sin dejar por ello de secundar sus medidas políticas cuando le parecían justas.

Enrique le nombró obispo de Bamberga en 1102; pero Otón se negó a recibir la consagración hasta que pudo ir a Roma, varios años después, y aceptó el episcopado de manos del Papa Pascual II.

Enrique V, el sucesor de Enrique IV, parecía inclinado a la reconciliación con la Santa Sede, y San Otón le exhortó a poner fin a los males que el cisma había aportado; pero finalmente el nuevo emperador prosiguió la política de su padre. A pesar de ello, gracias a su integridad y al poder de su mansedumbre, San Otón gozó siempre de la confianza de ambos bandos. Por otra parte, sus actividades políticas no le impidieron desempeñar celosamente sus deberes episcopales, establecer numerosos monasterios y fundaciones religiosas ni llevar una vida ejemplar.

Cuando Boleslao III de Polonia conquistó una parte de la Pomerania, pidió a San Otón que fuese a evangelizar a los idólatras de aquel país. En 1121, el santo obispo se trasladó a la Pomerania oriental, acompañado de algunos sacerdotes y catequistas. Se cuenta que los misioneros bautizaron a más de 20,000 infieles.

El santo volvió a Bamberga en la Pascua siguiente, después de encargar a cierto número de sacerdotes que atendiesen a los convertidos y continuasen la obra de evangelización tan felizmente comenzada. Como las ciudades de Stettin y Julin habían recaído en la idolatría, San Otón partió de nuevo a Pomerania en 1128, reconvirtió a las dos ciudades y llevó la luz del Evangelio a otros puntos más remotos, exponiéndose a toda clase de peligros e incomodidades. Más tarde volvió a su diócesis y ahí murió, el 30 de junio de 1139.

Fue canonizado cincuenta años más tarde.

BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO

Obispo de Metz y Cardenal

Año 1387

Pedro era hijo de Guido de Luxemburgo, conde de Ligny, y de Maquilda de Châtillon. Nació en 1369 y quedó huérfano a los cuatro años. Como se distinguió por su piedad e inteligencia, a los diez años fue enviado a proseguir sus estudios en París. Por un abuso tan común en aquella época, fue nombrado inmediatamente canónigo de la catedral de Notre-Dame. Entre 1380 y 1381, pasó varios meses en Calais como rehén por su hermano mayor, que había caído prisionero de los ingleses.

Pedro procuraba progresar seriamente en humildad y perfección. Eso era lo que buscaba en todas sus acciones y no las dignidades eclesiásticas.

Pero Clemente VII, el Pontífice de Aviñón, a quien Francia consideraba como el verdadero Papa en el “gran cisma”, le nombró, en 1384, obispo de Metz y, dos meses más tarde, le elevó al cardenalato, pues el poder de la familia de Pedro hacía conveniente que se le tomase en consideración. A fin de poder tomar posesión de su sede, ocupada por los partidarios de Urbano VI, Pedro tuvo que reunir muy contra su voluntad, un ejército. Pero toda su santidad no era suficiente para suplir la falta de las órdenes sagradas, ya que Pedro era sólo Diácono; así pues, se le dio por auxiliar a un fraile de Santo Domingo, y éste fue consagrado obispo. Pedro emprendió, con dicho fraile, la visita de su Diócesis, y en todas partes corrigió los abusos y dio muestras de celo y de prudencia. Pero las vicisitudes políticas le obligaron pronto a salir de Metz y, en el otoño de 1386, Clemente VII le convocó a Aviñón.

Pedro continuó ahí su vida de penitencia, hasta que el Pontífice le ordenó que se moderase para no acabar con su salud. El beato respondió sencillamente: “Santo Padre, yo voy a ser toda mi vida un siervo inútil, pero lo menos que puedo hacer es obedecer”. A partir de entonces, se dedicó a suplir la penitencia con la limosna. Su liberalidad era tan grande, que su bolsa estaba siempre vacía; su mesa era frugal, su casa modesta, su mobiliario sencillo y sus vestidos pobres. Aunque parecía imposible distribuir más limosnas, el beato encontró todavía la manera de regalar a los pobres los muebles de su casa y de vender su anillo episcopal.

En la colegiata de Nuestra Señora de Autun hay un cuadro antiguo que representa al beato en éxtasis, con las siguientes palabras, que él solía repetir: “Desprecio del mundo. Desprecio de ti mismo. Alégrate de ser despreciado, pero no desprecies a nadie”.

A principios de 1387, como su salud se hallase muy resentida, Pedro tuvo que ir en busca de mejor aire a Villanueva, en la otra ribera del Ródano. Ahí murió el 2 de julio, en la cartuja en la que se había hospedado, después de escribir una carta a su querida hermana Juana. El Beato Pedro tenía dieciocho años al morir.

Su tumba se convirtió pronto en un sitio de peregrinación y en ella tuvieron lugar varios milagros. El Papa Clemente VII le beatificó en 1527.

En *Acta Sanctorum*, se encontrará la mayor parte del proceso de beatificación, que es la principal fuente de información. Se trata de un documento de excepcional importancia, pues se conservan muy pocas colecciones medievales de las deposiciones de los testigos en los procesos de canonización.

Por extraño que parezca, la mayoría de esas colecciones se refieren a santos jóvenes que pertenecían a familias reales o de la alta nobleza. Citaremos como ejemplos a Pedro de Luxemburgo, a San Luis de Anjou, quien fue consagrado obispo de Toulouse y murió a los veintitrés años de edad, y a Santa Margarita de Hungría, que murió antes de cumplir los veintinueve años.

03 DE JULIO

SAN IRENEO

Obispo de Lyon

Año 203

Las obras literarias de San Ireneo le han valido la dignidad de figurar prominentemente entre los Padres de la Iglesia, ya que sus escritos no sólo sirvieron para poner los cimientos de la teología cristiana, sino también para exponer y refutar los errores de los gnósticos y salvar así a la fe católica del grave peligro que corrió de contaminarse y corromperse por las insidiosas doctrinas de aquellos herejes.

Nada se sabe sobre su familia. Probablemente nació alrededor del año 125, en alguna de aquellas provincias marítimas del Asia Menor, donde todavía se conservaba con cariño el recuerdo de los Apóstoles entre los numerosos cristianos. Sin duda que recibió una educación muy esmerada y liberal, ya que sumaba a sus profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras, una completa familiaridad con la literatura y la filosofía de los griegos. Tuvo, además, el inestimable privilegio de sentarse entre algunos de los hombres que habían conocido a los Apóstoles y a sus primeros discípulos, para escuchar sus pláticas.

Entre éstos, figuraba San Policarpo, quien ejerció una gran influencia en la vida de Ireneo. Por cierto, que fue tan profunda la impresión que en éste produjo el santo obispo de Esmirna que, muchos años después, como confesaba a un amigo, podía describir con lujo de detalles, el aspecto de San Policarpo, las inflexiones de su voz y cada una de las palabras que pronunciaba para relatar sus entrevistas con San Juan, el Evangelista, y otros que conocieron al Señor, o para exponer la doctrina que habían aprendido de ellos.

San Gregorio de Tours afirma que fue San Policarpo quien envió a Ireneo como misionero a las Galias, pero no hay pruebas para sostener esa afirmación.

Desde tiempos muy remotos, existían las relaciones comerciales entre los puertos del Asia Menor y el de Marsella y, en el siglo segundo de nuestra era, los traficantes levantinos transportaban regularmente las mercancías por el Ródano

arriba, hasta la ciudad de Lyon que, en consecuencia, se convirtió en el principal mercado de Europa occidental y en la villa más populosa de las Galias.

Junto con los mercaderes asiáticos, muchos de los cuales se establecieron en Lyon, venían sus sacerdotes y misioneros que portaron la palabra del Evangelio a los galos paganos y fundaron una vigorosa iglesia local. A aquella Iglesia llegó San Ireneo para servirla como sacerdote, bajo la jurisdicción de su primer obispo, San Potino, que también era oriental, y ahí se quedó hasta su muerte.

La buena opinión que tenían sobre él sus hermanos en religión, se puso en evidencia el año de 177, cuando se le despachó a Roma con una delicadísima misión. Fue después del estallido de la terrible persecución de Marco Aurelio,

a la que ya nos referimos extensamente en este volumen, al tratar a San Potino, el 2 de junio, cuando ya muchos de los jefes del cristianismo en Lyon, se hallaban prisioneros. Su cautiverio, por otra parte, no les impidió mantener su interés por los fieles cristianos del Asia Menor. Conscientes de la simpatía y la admiración que despertaba entre la cristiandad su situación de confesores en inminente peligro de muerte, enviaron al Papa San Eleuterio, por conducto de Ireneo, “la más piadosa y ortodoxa de las cartas”, con una apelación al Pontífice -en nombre de la unidad y de la paz de la Iglesia-, para que tratase con suavidad a los hermanos montanistas de Frigia. Asimismo, recomendaban al portador de la misiva, como a un sacerdote “animado por un celo vehemente para dar testimonio de Cristo” y un amante de la paz, como lo indicaba su nombre. El cumplimiento de aquel encargo que lo ausentaba de Lyon, explica por qué Ireneo no fue llamado a compartir el martirio de San Potino y sus compañeros, y ni siquiera lo presenció.

No sabemos cuánto tiempo permaneció en Roma, pero tan pronto como regresó a Lyon, ocupó la sede episcopal que había dejado vacante San Potino. Y a por entonces había terminado la persecución y los veinte o más años de su episcopado fueron de relativa paz. Las informaciones sobre sus actividades son escasas, pero es evidente que, además de sus deberes puramente pastorales, trabajó intensamente en la evangelización de su comarca y las adyacentes. Al parecer, fue él quien envió a los Santos Félix, Fortunato y Aquilea, como misioneros a Valence, y a los Santos Ferruccio y Ferreolo, a Besancón. Para indicar hasta qué punto se había identificado con su rebaño, basta con decir que hablaba corrientemente el celta en vez del griego, que era su lengua madre.

La propagación del gnosticismo en las Galias y el daño que causaba en las filas del cristianismo, inspiraron en el obispo Ireneo el anhelo de exponer los errores de esa doctrina para combatirla. Comenzó por estudiar sus dogmas, lo que ya de por sí era una tarea muy difícil, puesto que cada uno de los gnósticos parecía sentirse inclinado a introducir nuevas versiones propias en la doctrina. Afortunadamente, San Ireneo era “un investigador minucioso e infatigable en todos los campos del saber”, como nos dice Tertuliano” y, por consiguiente, salvó aquel escollo sin mayores tropiezos, y hasta con cierto gusto.

Una vez empapado en las ideas del “enemigo”, se puso a escribir un tratado en cinco libros, en cuya primera parte expuso completamente las doctrinas internas de las diversas sectas para contradecirlas después con las enseñanzas de los Apóstoles y los textos de las Sagradas Escrituras.

Hay un buen ejemplo sobre el método de combate que siguió, en la parte donde trata el punto doctrinal de los gnósticos de que el mundo visible fue creado, conservado y gobernado por seres angelicales y no por Dios, quien seguirá eternamente desligado del mundo, superior, indiferente y sin participación alguna en las actividades del Pleroma (el mundo espiritual invisible). Ireneo expone la teoría, la desarrolla hasta llegar a su conclusión lógica y, por medio de una eficaz *reductio ad absurdum*, procede a demostrar su falsedad.

Ireneo expresa la verdadera doctrina cristiana sobre la estrecha relación entre Dios y el mundo que El creó, en los siguientes términos: “*El Padre está por encima de todo y Él es la cabeza de Cristo; pero a través del Verbo se hicieron*

todas las cosas y El mismo es el jefe de la Iglesia, en tanto que Su Espíritu se halla en todos nosotros; es El, esa agua viva que el Señor da a los que creen en Él y le aman porque saben que hay un Padre por encima de todas las cosas, a través de todas las cosas y en todas las cosas”.

Ireneo se preocupa más por convertir que por confundir y, por lo tanto, escribe con estudiada moderación y cortesía, pero de vez en cuando, se le escapan comentarios humorísticos. Al referirse, por ejemplo, a la actitud de los recién “iniciados”, dice: “Tan pronto como un hombre se deja atrapar en sus “camino de salvación”, se da tanta importancia y se hincha de vanidad a tal extremo, que ya no se imagina estar en el cielo o en la tierra, sino haber pasado a las regiones del Pleroma y, con el porte majestuoso de un gallo, se pavonea ante nosotros, como si acabase de abrazar a su ángel”. Ireneo estaba firmemente convencido de que gran parte del atractivo del gnosticismo, se hallaba en el velo de misterio con que gustaba de envolverse y, de hecho, había tomado la determinación de “desenmascarar a la zorra”, como él mismo lo dice. Y por cierto que lo consiguió: sus obras, escritas en griego, pero traducidas al latín casi en seguida, circularon ampliamente y no tardaron en asestar el golpe de muerte a los gnósticos del siglo segundo. Por lo menos, de entonces en adelante, dejaron de constituir una seria amenaza para la Iglesia y la fe católicas.

Trece o catorce años después de haber viajado a Roma con la carta para el Papa Eleuterio, fue de nuevo Ireneo el mediador entre un grupo de cristianos del Asia Menor y el Pontífice. En vista de que los cuartodecimanos se negaban a celebrar la Pascua de acuerdo con la costumbre occidental, el Papa Víctor III los había excomulgado y, en consecuencia, existía el peligro de un cisma. Ireneo intervino en su favor. En una carta bellamente escrita que dirigió al Papa, le suplicaba que levantase el castigo y señalaba que sus defendidos no eran realmente culpables, sino que se aferraban a una costumbre tradicional y que, una diferencia de opinión sobre el mismo punto, no había impedido que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

